

ESTUDIOS RECREATIVOS.



Joos cerró los ojos y encomendó su alma á Dios.

LA ESPADA DEL DUQUE DE ALBA.

(Conclusion.)

IV.

NO SE DEBE SOLTAR LO QUE SE TIENE.

Durante las primeras horas de la navegacion, Joos, y el anciano permanecieron sobre el puente del navio absortos en sus tristes pensamientos con los ojos clavados en los Países-Bajos, que huían de su vista y mirando perderse poco á poco la patria en el horizonte. Cuando no vieron mas que

SEGUNDA SERIE.—1855.

cielo y agua el anciano fué el primero en levantar la cabeza.

—Vamos, dijo, Joos, ¡vamos, ánimo, hijo!

El desolado gantés, levantó la cabeza, y con sorpresa vió los ojos de su amo llenos de lagrimas. Comprendió este la admiracion del jóven y se sonrió.

—Se pueden abandonar tranquilamente las grandezas de la tierra, añadió, empero no se aleja uno para siempre de su pais natal, sin que se le oprima el corazon, y corra el llanto por sus megillas.

—¡Para siempre! repitió con terror Joos.

—Tranquilízate, replicó el anciano, se trata de mí solo. Tú no tardarás en volver á ver la ciudad de Gante y tu familia. Si, bien pronto, lo conozco, no tendré necesidad de tus servicios.

AÑO XIII. 5.

—Y sin embargo, exclamó Joos, con afectuoso acento, porque le habian conmovido la tristeza y bondad de su compañero, sabéis que soy enteramente vuestro hasta la muerte.

—¡Es mi muerte lo que te devolverá tu libertad, Joos! ¡Ay! Creía yo haber hallado en ti, que eres joven, que me debes la vida, un servidor fiel y desinteresado..... Y tú vas á desear que llegue el día en que canten sobre mi huesa el *De profundis*.

—¡Ah! monseñor, cuan injusto pensamiento...

—Conozco á los hombres, interrumpiéndole dijo el anciano con amargura, es hoy cuando conozco y puedo apreciar su egoismo, y su ingratitud!... No vayas á afligirte con mis tristes palabras. Dios te libre de las pruebas fatales por que he pasado, y que me han inspirado estas ideas de desprecio á los hombres! Si, Joos, bendice á cada instante tu obscuridad, porque á tí puede sonreírte la vida, porque tú no miras la muerte como tu solo refugio, tu única esperanza.

Al decir esto el anciano se abrigaba con su capa el pecho para preservarse del frío, porque comenzaba á refrescar bastante el aire con la fuerte brisa de la mar.

Arrebió el viento, y tuvieron que bajar el anciano y el gantes á la cámara. Todos abrieron respetuosamente paso al anciano y Joos observó que á este respeto se mezclaba un movimiento de vivísima curiosidad.

El camarote del anciano era mas cómodo que suntuoso, si es que puede llamarse cómoda una pieccecita de siete pies de largo donde apenas podía estarse en pie. El mueblage todo se reducía á dos sillas, una mesa de madera y una modesta cama. Dejó ver Joos la sorpresa que le causaba su modesto menage. El misterioso personaje pareció gozar con la impresion que habia producido sobre su nuevo servidor el aspecto lúgubre del camarote en el que se veía sobre la mesa una calavera, y unas disciplinas.

—Desde ahora tú eres mi único servidor, dijo el anciano á Joos. Los servicios que reclamo de tí te serán poco penosos. Arreglarás todas las mañanas mi cuarto, y me servirás la comida. A las cinco de la mañana pedirás para mí un poco de leche caliente: al medio día te darán un pedazo de pan de cebada, y á la hora de cenar una ración de carne de la que toman los marineros, me basta. En cuanto á tí, hijo mio, como yo no quiero sujetarte á esta regla cenobítica, continuó satisfecho del asombro de Joos por tan parca comida, he dado orden para que comas en la mesa del capitán. Trata solamente de no ser curioso y querer descubrir quien soy: quiero lo sepas de mí, y cuando sea tiempo.

Once días duró la travesía sin ningun incidente que merezca la pena de contarse. El anciano, que parecia devorado por la inaccion y el fastidio, pasaba largas horas en conversar con Joos. Agradábale la sencillez de este joven, divertiale su talento natural, y se complacia en oír la relacion de sus amores, y de los trabajos que habia pasado. Hacian despues mil proyectos sobre el modo con que emplearian el tiempo en el retiro á donde se dirigian. Joos enseñaria á su amo el arte de torneear, recibiendo de éste en cambio lecciones de relojería y horticultura. Cuando el anciano hablaba de estas dos cosas brillaba su rostro con particular alegría. A creerlo á él nadie en el mundo sabia mejor pulimentar una rueda, ó podar un árbol. El anciano que el día antes hablaba de una cercana muerte, hablaba de recoger rutos que exigian, para que el árbol aun por plantar pudiese darlos, quince años. Con estas pláticas diarias, tan pronto

alegres, tan pronto sombrías, tan pronto llenas de esperanzas en el porvenir, tan pronto llenas de abatimiento y lúgubres presentimientos abordó el navío á las costas de España al puerto de Laredo en las montañas de Santander.

El anciano subió sobre cubierta desde el momento en que se divisó el puerto.

—¡Ay! dijo á Joos, el secreto de mi nombre va muy pronto á dejar de ser un misterio para tí. Estoy seguro que hace ya algunas semanas que la multitud viene á estas playas á espiar si se descubre en alta mar el pabellon de mi navío. ¡Ya verás que demostraciones de admiración y de respeto! ¡Polvo de polvo, vanidad de vanidades, que no me inspira si no disgusto y desprecio! ¿Por qué he de sufrirlo?

A pesar de estas previsiones y de estos temores nadie se halló en el muelle del puerto cuando la lancha llevó á tierra á Joos y á su amo. Atravesó por en medio de los que circulaban por las calles del pueblo, sin escitar el menor movimiento de curiosidad, sin que nadie se cuidase de él. Hacía un instante le afligia la idea de los honores que debian hacerle, y ahora al ver su aislamiento púsose de mal humor, y despues se abatió profundamente. Bien pronto no pudo ya disimular mas lo que sufría, espresó su descontento en términos duros, maldiciendo de la ingratitud de los hombres.

—Marchémonos de aquí, apresurémonos á ir á sepultarnos en nuestro retiro, lejos de esta turba de miserables.

Hizo enganchar inmediatamente caballos á su carroza que habia desembarcado, y ya se disponia á marchar cuando le detuvo una observacion de Joos.

—Señor, le dijo, me habeis dado orden de entregar al capitán el cofrecito lleno de oro que traiais en vuestro equipage, para que lo diese de gratificación á los marineros. Ahora contaís tomar algun dinero para continuar el viage, por que no podemos ir derechos á Burgos, como deseais, sin pagar las paradas de postas.

Sonrióse el anciano.

—Tienes razon, Joos. Ve á buscar al gobernador de Laredo, y dale orden de que se me presente inmediatamente.

—¿De parte de quien le he de dar esta orden?

—De parte del emperador Carlos V.

—¡El emperador! exclamó Joos, doblando ambas rodillas en tierra.

—Si, hijo mio, replicó con bondad el monarca, levantando á su ayuda de cámara. ¿Sientes ahora haber abandonado á tu muger y á tu madre, por ser el servidor de Carlos V?

—Señor, no me atrevo á levantar los ojos delante de vuestra magestad.

—Hé ahí lo que precisamente trataba yo de evitar, y lo que no quiero sufrir. Guarda con tu amo, que no es ya mas que un anciano oscuro, la misma alegría, la franqueza con que antes me hablabas. Apresúrate á ir á buscar al gobernador.

Joos cumplió con celeridad su comision. El gobernador se presentó inmediatamente al monarca.

—Gobernador, le dijo Carlos, mandadme diez mil duros.

—Mucho gusto tendria en obedecer las órdenes de Vuestra Magestad, respondió el gobernador; pero á pesar de todos mis deseos, no tengo esa cantidad.

—No te la pido á tí, le interrumpió con altivez el emperador: te doy la orden para que se me entreguen diez mil duros de los fondos del real erario.

—Yo no puedo disponer de esos fondos sin una real orden escrita de su magestad católica.

—Venga papel, y te firmaré la orden; enviad, pues, por el dinero... ¿qué? no obedeces, titubeas, ¿aun estas ahí?

—Es que es preciso una orden del rey, señor.

—Pues bien, aquí tienes la orden, gritó Carlos con furia.

—Su magestad católica, está en Bruselas, murmuró el gobernador bajando los ojos.

Carlos V lleno de cólera llevóse la mano al costado como si fuese á buscar el puño de su espada. Estremada era su palidez, mordíase despechado los labios.

—Sal de mi presencia, miserable! gritó.

Cubrióse convulsivamente con sus manos el rostro, pero á poco levantó la cabeza, esforzóse en sonreír y con voz ronca y alterada aun por la cólera:

—Vamos, dijo, queria ser monge y me harán ser mendigo.

Marchemos Joos, iremos si es preciso pidiendo limosna y diciendo en las puertas de las casas: no deis morir de hambre al emperador, no hagáis lo que su hijo y sus cortesanos. Joos, no te despojes jamás de los bienes en vida para darlos á tus hijos, porque tendrías que arrepentirte y desesperarte.

Mientras que hablaba así Carlos V, su fiel servidor queria decir algo, pero no podía vencer la vergüenza, la timidez que se lo impedía.

—Adivino, le dijo el emperador en lo que estás pensando: vas á ofrecerme dinero.

—Si V. M. se dignase aceptar...

—Sí, de veras lo acepto, eso faltaba á las consecuencias de mi abdicacion. Tú debes de tener una buena cantidad, porque yo conozco á los flamencos, son gentes prevenidas, y no se embarcan á la ligera y sin provisiones.

—Traigo en un cinto dos mil duros.

—Mas de lo que necesitamos, Joos. La historia contará un dia que sin la ayuda de su servidor, el emperador Carlos V, no hubiera podido llegar al monasterio á donde iba á retirarse del mundo.

Desde Laredo hasta Burgos, guardó Carlos V un sombrío silencio. Envuelto en su capa, inclinando sobre el pecho la cabeza, parecia dominado de un profundo sentimiento.

En Burgos, una escena tiernísima consoló un poco su corazon, y reanimó su energía. Sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría salieron á recibirle á aquella ciudad. Despidiéronse tierna y amorosamente de él, pero no quiso concederlas le acompañasen en su soledad, por mas que con lágrimas en los ojos insistieron en rogarle les diese el consuelo de que les permitiese ir á cuidarle y aliviar sus padecimientos.

—Cuando se ha tenido en la mano el destino del mundo, les respondió, se sabe padecer solo, y con resignacion. Adios! y acordaos de mí en vuestras oraciones. Yo ya no soy de este mundo, hermanas mías.

Abrazólas con los ojos llenos de lágrimas, y dió á Joos la orden de marchar inmediatamente para Valladolid.

—Gracias, os doy, Dios mío, de esta entrevista con mis hermanas, dijo al salir por las puertas de Burgos. ¡Cuánto me ha consolado haciéndome ver que aun tenia personas agradecidas! Carlos V despojado del manto imperial aun conserva corazones que sinceramente le amen. ¡Ay! y no

es el corazon de los que mas he colmado de beneficios sino el de dos pobres mugeres con quienes mas de una vez me he mostrado demasadamente severo. ¡Bendígalas Dios, como yo las bendigo en lo íntimo de mi corazon!

Bien pronto se dispó este consuelo en el aislamiento en que le dejaron durante su viaje los grandes señores de la corte residentes en las provincias que atravesó. Apenas algunos, muy pocos, vinieron á presentarle y rendirle el debido homenaje. En fin, en Valladolid sufrió mil entorpecimientos y retardos para el pago de la módica pension que se habia reservado. Tuvo que aguardar allí las órdenes de Madrid para su cobro, y despidió su corta servidumbre.

—Mucha prisa se da mi hijo en hacer el rey, dijo un dia Carlos á Joos. Yo le he dado la corona de España, es verdad, me la he quitado de mi cabeza para colocarla en la suya: pero ¡vive Dios! que aun soy emperador, y el emperador no tiene mas que estender su mano para hacer que el rey caiga de rodillas á sus pies. Los grandes son ingratos, pero el pueblo no se olvida tan pronto. El papa Paulo V no ha ratificado aun la eleccion de Fernando. Dice que no puede á la vez haber dos ungidos del Señor: que el emperador no puede renunciar al poder que ha recibido del cielo, y que la cabeza de la Iglesia misma, el que puede atar y desatar todo sobre la tierra, no tiene derecho para autorizar semejante abdicacion. Si alguna vez llega á mandarme á nombre de Cristo, y bajo pena de excomunion que vuelva á tomar mi corona y mi espada, preciso será obedecerle. ¡Tu verías entonces conmovirse el universo entero al saber esta noticia! Pero libreme Dios de semejante desgracia! ¡Oh! qué vida tan buena, tan pacífica y tan risueña vamos á pasar en el monasterio de San Yuste. Desde que era jóven me encantaron aquellos lugares y desde entonces pensé venir á ellos á concluir mi vida. Por la naturaleza del terreno, por la temperatura del clima es uno de los puntos mas saludables y hermosos de España. Ya hace seis meses que he enviado á San Yuste á un arquitecto encargado de que edifique una casita cuyo plano he trazado yo mismo hace mas de veinte años. Nada habrá en esta construccion que descubra ser la habitacion del emperador, será simplemente una casa propia de un labrador acomodado, y retirado del mundo.

Mi casita está construida al lado del claústro del monasterio, y se compone de seis habitaciones, nada mas. A cuatro de ellos les he dado la forma de verdaderas celdas monacales, con las paredes desnudas, y muebles de encina. Las ventanas dan sobre un fresco y pintoresco campo. Las otras dos piezas, tienen de grandes veinte pies cuadrados y con muebles de tapicería. Un solo cuarto reúne mas elegancia y comodidad, y es el tuyo, mi querido Joos. Detrás de mi casita tenemos un lindo jardin en el que he hecho plantar árboles y flores que nos recuerden nuestra buena Flandes: en fin, una puerta conduce desde mi salon á la capilla del monasterio, de modo que podremos hacer cómodamente nuestras devociones, y pasar tranquilamente la vida entre la oracion, y el cultivo de nuestro jardin. ¿Qué dices de esta vida? ¿Puede desearse otra mas agradable? No echaremos de menos, te lo aseguro, nada de lo que dejamos en Flandes. ¡Vamos! te se llenan los ojos de lágrimas, tú piensas en tu muger y en tu madre! Pues bien, las haremos venir á San Yuste. Me divertirá verte feliz con tu familia, y si tie-

nes un hijo yo le enseñaré un día, sentándole sobre mis rodillas á leer. Entonces se parecerá mi historia á la de Dionisio, tirano de Siracusa, que se hizo maestro de escuela!

Con estos pensamientos llegó á San Yuste Carlos V, pensamientos que lo fresco del aire y la mejoría que en su salud experimentaba hacian muy agradables. Hallábase mejor de la gota que habitualmente le molestaba. Tuvo la mas pura satisfaccion al apearse de su carruaje en visitar su habitacion, en enseñar á Joos todo, hasta en los mas pequeños detalles, y en recorrer el jardín. No perdonó ni un mueble ni una flor.

Presentáronse á ofrecerle su homenaje el reverendo prior y toda la comunidad, y le besaron respetuosamente la mano. Dióles gracias el emperador, les pidió su bendicion, y declaró que desde aquella misma tarde comenzaría á observar la regla y asistir á los oficios como un simple monge. Así lo hizo, pero tenia que suspenderlo frecuentemente por los ataques de gota que empezó muy luego á tener. Cuando se hallaba bueno trabajaba en su jardín, y se reía y se divertía mucho viendo la poca maña que Joos se daba para las labores y su torpeza en manejar el azadon y la podadera. No tardó en disgustarse del cultivo del jardín, arrojó los instrumentos de la labor, para no volverlos á coger mas, y se retiró á una de sus celdas y quiso que su ayuda de cámara le dejase solo. Aprovechóse Joos de este capricho para correr á su cuarto donde el emperador habia hecho colocar un torno. Allí, con el afán de un hombre privado largo tiempo de un ejercicio á que tenia grandísima afición, se quitó su sayo, y se puso á trabajar alegremente probando que no habia perdido nada de su habilidad en su antiguo oficio. En lo mejor de su trabajo sintió que le daban una palmada en la espalda, era Carlos V que se reía en ver el ardor con que trabajaba Joos.

El tornero moldeaba un pedazo de madera con tanta facilidad, que le dió ganas á Carlos de hacer otro tanto. El obrero, antes de confiar el cincel á su amo, quiso darle algunos consejos y esplicaciones sobre el modo de servirse de él. El indócil é impaciente discípulo, no escuchó ni una palabra, y le manejó con tal torpeza que se hizo una cortadura en un dedo. Exasperado al pronto con el dolor, arrojó con cólera el cincel, pero no tardó en reirse él mismo de su enojo.

—Vamos, dijo, ya veo que para tornear como para reinar no bastan las mejores disposiciones, sin la práctica y la experiencia. ¡Pero qué veo, exclamó de repente, la péndola de tu taller está atrasada un cuarto de hora con la de mi celda! Es preciso arreglarlas, sin esto adios puntualidad en todo nuestro modo de vivir.

Con grandes pretensiones de conocimientos mecánicos, y como queria pasar por un discípulo distinguido del célebre Turriano, sin rival en la ciencia de la relojería, alargó las cuerdas, disminuyó el peso, desmontó y volvió á montar las ruedas, no sin decir á Joos con una sonrisa de satisfaccion, que ya veria el resultado de su trabajo al salir de visperas.

Al salir de visperas, el uno de los relojes adelantaba media hora sobre el otro. Carlos V, volvió á arreglarlos. A la hora de cenar la aguja del uno adelantaba rápidamente, la del otro se habia completamente parado.

El emperador no mostró incomodidad alguna, y se resignó tranquilamente diciendo:

—¡Insensato! ¡queria yo hacer marchar acordes las naciones del mundo, y no puedo hacer que marchen acordes dos relojes!... Verdad es, añadió, despues de un momento de reflexion, que Turriano los hace andar acordes, y yo sabia reinar tan bien como Turriano sabe hacer relojes. Joos, ve á decir al prior del monasterio que dé las órdenes necesarias para que haga venir de Madrid con la mayor prontitud y diligencia al mecánico Turriano. Pregúntale tambien como es que mi confesor fray Bartolomé Carranza no se encuentra aquí, á pesar de las órdenes que para ello he dado.

Joos volvió algunos minutos despues; trayendo impresa la mayor consternacion en su semblante.

—El prior escribirá mañana para que el maestro Turriano venga á las órdenes de V. M.

—Y el padre Carranza, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué trae ese aire tan asustado? ¡Responde!

—¡Señor! está preso en los calabozos de la Santa Inquisicion.

—¡Carranza, mi confesor! ¡Se han atrevido á eso! exclamó Carlos V dejándose caer en un sillón.

V.

LA ESPADA.

Permaneció algunos minutos Carlos V agobiado con el golpe que acababa de recibir. Joos le vió enjugar sus lágrimas y gemir y desesperarse alternativamente. Hablaba en voz baja y se le oía decir:

—¡Con qué no soy nada! nada mas que un pobre retirado en un monasterio y á quien se puede impunemente insultar, y que le insultan como quieren!

Despues fatigaba á su servidor á preguntas, interrogóle sobre los motivos que habian servido de pretexto á la prision del padre Carranza. Cuando supo que el rigor ejercido contra el anciano prelado, no tenia mas origen que la acusacion de algunos errores en un catecismo que habia escrito, y de que le acusaba el obispo de Lérida, á pesar de la aprobacion que habia obtenido del Concilio de Trento, calmóse su cólera y su descontento. De repente haciendo un esfuerzo, se detuvo, pasóse la mano por la frente, y pareció haber recobrado toda la energía, toda la fuerza de voluntad de su juventud.

—Joos, dijo, Carranza está perdido sino le salvo. Le darán tormento, para arrancarle los secretos que le he confiado, ó mas bien le matarán, porque mi confesor morirá primero que hablar. Es preciso salvarle.

—Si V. M. se dignase escribir á su hijo el rey Felipe II...

—¿No ves tú que todo esto se hace por orden suya? Además, aunque quisiese ahora salvar á Carranza no podria! La Inquisicion no soltaria su presa.

—¿Qué hacer entonces? ¿Si el rey de España no puede luchar con la Inquisicion?

—¿Qué hacer? ¿No eres tú un pobre ciudadano flamenco, oscuro, y yo un miserable monge? Escucha. Este monge y este ciudadano lucharán con la Inquisicion, y le arrancarán su prisionero. Joos, sé que eres un servidor experimentado, inteligente y atrevido. Vas á marchar en secreto á Roma. Yo escribiré al papa Paulo IV. El santo padre aun no ha querido, lo sabes, aceptar mi abdicacion para él aun soy el

emperador, y me complacerá, pues es enemigo de las injusticias; hasta ha desterrado á sus mismos sobrinos porque habian prevaricado. Llegarás á su presencia y le entregarás mi carta. El papa hallará modo de avocar á sí ante su tribunal apostólico la acusacion de Carranza... Si logra salir de España mi confesor, está salvado. Yo rogaré, yo suplicaré al papa si es preciso para obtener de él esta gracia, y las súplicas del que fué emperador Carlos V, hallarán acogida en el representante de Dios sobre la tierra.

—Vuestra magestad sabe que le pertenece mi vida. Una felicidad será para mí sacrificarla en su servicio. ¿Pero cómo podré yo llegar á Roma sin despertar las sospechas de la Inquisicion? Se sabe que pertenezco á vuestra servidumbre, y suponiendo que mi viage escape á la vigilancia de los espías, mi ausencia...

—No tengas miedo, respondió Carlos V, que acababa de escribir su carta para el santo padre.

Púsose con una actividad y una destreza que probaba su costumbre en disfrazarse, á preparar goma, cerda que rizó al fuego y diversas plantas que fué á coger en el jardín. En pocos minutos cortó con sus imperiales manos el pelo de Joos en forma de cerquillo de fraile, le arregló unas barbas postizas, le tiñó el rostro, y poniéndole un hábito lo transformó en un verdadero religioso. Acabado este disfraz dió á Joos consejos é instrucciones llenas de astucia y destreza sobre los medios de evitar que nadie sospechase de él y pudiese llegar á Roma. Así que hubo concluido, cogió las manos de Joos entre sus dos manos trémulas de emoción.

—Joos, le dijo, Dios sabe el dolor que siento en separarme de tí. Si no se tratase de salvar la vida de un antiguo servidor mio, espuesto á la muerte por serme fiel, jamás hubiese consentido en esta separacion. A tu vuelta de Roma, pasarás por Gante y podrás permanecer algunas semanas al lado de tu muger y de tu madre, en seguida si no has sabido la muerte de tu viejo amo, vendrás á buscarlo aquí. ¡Adios, hijo mio, que Dios te guíe!

Joos, se arrodilló delante de Carlos V.

—Señor, le dijo, dignaos darme vuestra bendicion antes de mi marcha. Si muero en el cumplimiento de la mision que me confiáis, acordaos de mi muger y de mi madre.

—No tengas ningun temor, contestó conmovido Carlos V, mientras yo viva encontrarán un protector en mí.

Colocó sus imperiales manos sobre la cabeza de Joos, y éste despues de haber ocultado en su seno, y en un escapulario las cartas del emperador, salió de San Yuste en el momento en que sonaban las doce de la noche en el reloj de la torre del monasterio. Carlos, así que se hubo alejado su servidor, se puso á arreglar una especie de maniquí que colocó en la cama de aquel, y veló á su lado toda la noche como si realmente estuviese Joos enfermo. Ayudóle en esta astucia el mecánico Turriano que llegó tres dias despues de la marcha de Joos. Hizo aquel un grande autómatas, á que puso los vestidos del jóven flamenco, al que hacia andar y colocaba cerca de las ventanas, de modo que viéndose desde fuera pudieran creer que el servidor de Carlos V no se habia ausentado del monasterio.

Estas precauciones y la destreza y habilidad que desplegó el jóven flamenco, favorecieron de tal suerte su salida de España y su llegada á Italia que pudo entrar en Roma sin haber escitado las sospechas de nadie. Llegado al territorio de la Santa Sede, volvió á tomar los vestidos de se-

glar, y no encontró obstáculo alguno para obtener del papa la audiencia que solicitó. El grande nombre de Carlos V allanaba todas las dificultades. Paulo IV envió en seguida á los comisarios romanos que se hallaban en España, órden de entablar una competencia con el tribunal de la Inquisicion. Entonces el santo padre avocó el negocio para juzgarle en Roma él mismo. Carranza fué conducido á la capital del mundo cristiano, y desde aquel momento no corrió ya ningun peligro, ni sufrió ninguna molestia, á pesar de que fué colocado como preso en el castillo de San Angelo.

Dos años duró la conclusion de este negocio, tanta fué la resistencia que la Inquisicion opuso á entregar al papa su prisionero. Pasados estos dos años y cuando Joos hubo felizmente llevado á término la difícil negociacion de que le habia encargado su anciano amo, púsose en camino para Gante. Contaba con volverse en seguida á España, pero supo antes de llegar á Flandes la muerte del emperador. Esta triste noticia le hizo apresurarse á volver á su casa á ir abrazar á su familia.

Una noche con el corazon palpitando de alegría, y los ojos llenos de lágrimas llamó á la puerta de la casa en que habia nacido. Salió á abrirle su muger la puerta, pero en lugar de arrojarle en sus brazos, en lugar de mostrarle su satisfaccion y contento se puso á llorar amargamente y á demostrarle el mayor terror y desesperacion. Su madre Gertrudis, acudió á los gritos de su nuera, y participando del dolor de Stina á la vista de Joos:

—¡Dios tenga misericordia de nosotras, exclamaba, por que mi hijo está perdido! ¡Ay! ¡Qué lástima volverlo á ver despues de tan larga ausencia, para perderlo de la manera mas cruel!

—¡Dónde esconderlo! decia Stina. Van á volver aun otra vez, estoy segura, es preciso ocultarlo á sus pesquisas.

Y las dos arrastraron á Joos que nada comprendia hasta la cueva, tratando de ocultarlo allí cuidadosamente.

Allí fué donde Joos pudo lograr de ellas que le diesen algunos detalles de lo que sucedia. Hacia cerca de cuatro meses, es decir, despues de la muerte del emperador Carlos V, que se habian presentado los esbirros del duque de Alba, casi constantemente á registrar la casa, y averiguar si habia vuelto á ella el flamenco: habian colocado espías en todos los barrios, y habian registrado tambien la casa del gefe del gremio de los Carniceros, hasta en los últimos rincones.

—¿Qué has hecho, le preguntó su madre, para haber incurrido en el odio de este verdugo de los Países-Bajos.

—¡Oh! Nada que no sea digno de un buen cristiano, lo juraria por la vida de mi hijo, ¿no es verdad, Joos? dijo Stina.

Joos que recordaba la suerte del padre Carranza, sabia demasiado bien á que atribuir las persecuciones del duque de Alba, pero al nombre de su hijo lo olvidó todo.

—¡Mi hijo! exclamó, ¡mi hijo, Stina, tráelo, que yo lo abraze, que lo estreche sobre mi corazon, y despues que venga el duque de Alba! ¡Mi hijo! ¡ay! durante mi larga ausencia, sin noticias de tí, tan pronto en España, tan pronto en Italia, privado de todo medio de comunicacion, ignoraba que Dios hubiese bendecido nuestro matrimonio. ¡Mi hijo! ¡quiero verlo! ¡quiero abrazarlo!

Y á pesar de los esfuerzos de su madre y de su muger se escapó de la cueva, y corrió á la cuna donde dormia una

niña de diez y ocho meses, que despertando sobresaltada le tendió sus bracitos.

¡Ay! apenas el pobre padre había abrazado á la hermosa criatura, cuando los esbirros invadieron la casa.

—En nombre del duque de Alba, dijo el gefe que los mandaba, daos á prision, Joos, antiguo criado de S. M. el emperador Carlos V.

—¿De qué crimen se me acusa? preguntó Joos.

—Atad las manos á ese hombre. Ya hace mucho tiempo que el duque de Alba se impacienta de que no hayamos podido dar con este hombre: es preciso que no se nos escape. ¡Vamos andando, jóven!

—Al menos dejadme abrazar á mi muger, á mi hija, á mi madre.

—Eso es justo, replicó el gefe; la ausencia, segun todas las trazas será larga. Dios quiera que os encontréis en alguna otra parte mas que en el cielo; con tal que murais como cristiano, y que Dios tenga misericordia de tus culpas, añadió bajando la cabeza. ¡Amen! y andando.

Joos abrazó á su madre y á su hija por última vez, y llevó á sus labios la mano helada de Stina que se habia desmayado, y siguió á los esbirros.

Uno de estos lo hizo subir á ancas de su caballo, y rodeado de la escolta se pusieron en camino para Bruselas.

Jornada y media tardaron en andar el camino. Cuando llegaron, Joos estaba exánime de fatiga y cansancio: condujéronle inmediatamente al palacio que ocupaba el duque de Alba.

Hacia pesar entonces sobre la Bélgica el duque de Alba, un yugo terrible y sangriento que aun hoy recuerda con terror, á pesar de haber transcurrido tres siglos. Armado de un poder sin límites, sin mas freno que el capricho de su cruel voluntad, todo lo llevaba á sangre y fuego, destruía los fueros y privilegios de las provincias, hacia caer las cabezas de los nobles, encarcelaba á los plebeyos y los mandaba á la horca, sin el menor cuidado, sin fijar apenas su atencion, como si no valiese nada la vida de los hombres. Aun no habia establecido el consejo de sedicion, que los brabantones llamaron el consejo de sangre, pero preparaba ya la cruel institucion, y con todos sus feroces instintos le apoyaba su secretario don Juan de Vargas, que era su demonio familiar. La desolacion reinaba por todas partes. Mas de cien mil flamencos emigraron para ir á pedir un asilo hospitalario á Inglaterra, llevando consigo sus inmensas riquezas, y los no menos preciosos secretos de su industria. Si alguna ciudad intentaba resistir, la amenazaba con comisiones militares, y á la amenaza seguia inmediatamente la ejecucion.

Júzguese cual seria el terror de Joos al encontrarse en el palacio ducal, aguardando que el terrible lugar-teniente de Felipe II decidiese de su suerte. Comenzaba la noche á estender sus sombras en aquellos vastos salones, ningun ruido perturbaba el silencio que reinaba en aquellos lúgubres sitios, sino el ruido de las armaduras de los soldados al moverse. Con las manos dolorosamente hinchadas por la presion de las ataduras, muerto de sed y de hambre Joos, aguardó cerca de cuatro mortales horas, entregado á los mas funestos pensamientos.

Al fin, abrióse la puerta del fondo del salon, y apareció en el dintel de ella don Juan de Vargas, á quien un criado vestido de negro alumbraba con una hacha de cera en la

mano. Hizo una señal, é inmediatamente los esbirros llevaron al prisionero á donde estaba el secretario del duque de Alba.

Don Juan de Vargas mandó al gefe de los esbirros que no se alejase de allí, y señaló con el dedo á Joos el camino que debia seguir, y despues de haber andado algunos minutos por un gran corredor, se halló de pronto á la entrada de un gran salon.

El duque de Alba, sentado delante de una mesa, y rodeado de cinco ó seis personas, leía unos papeles y dictaba sus órdenes cuando entraron Joos y don Juan de Vargas.

Apenas alzó la cabeza para fijar en los recién llegados sus sombríos y terribles ojos:

—Aquí está Joos, murmuró don Juan de Vargas.

—Haced venir un religioso, y que se confiese ese hombre, respondió el duque de Alba. Es preciso que esté en estado de gracia para lo que hay que hacer.

Despues volvió á continuar tranquilamente su trabajo, sin prestar la menor atencion á la mortal palidez de Joos.

Un religioso entró un poco despues, y se llevó consigo á un oratorio inmediato al pobre gantés.

—¿Con qué voy á morir? preguntó con angustia Joos, que no podía creer aun en la realidad de su suerte fatal.

—¡Ay! hijo mío, replicó el religioso, raras veces los que entran en este oratorio á reconciliarse con Dios, salen de aquí para volver al mundo. El verdugo no sale ni de dia ni de noche del palacio del duque de Alba.

—¿Qué! ¡sin darme á conocer el crimen de que se me acusa! ¡sin darme medios de justificarme, de defenderme!...

—¡Hijo mío! aprovechemos el tiempo, dijo el religioso, los instantes que se conceden á los que entran en este oratorio son siempre muy cortos. Encomendad vuestra alma á Dios: renunciad á todo pensamiento terrenal, y no pongais vuestras esperanzas sino en el Señor.

—¡Mi muger! ¡mi madre! ¡mi hija!

—Dios os los devolverá en el cielo. Por Cristo, hermano mío, pensad en vuestra salvacion.

Arrodillóse Joos delante del religioso, y se confesó de todos sus pecados.

—No me ocultéis nada, le dijo el sacerdote; pensad en que Dios os oye y que vais á comparecer á su presencia.

—Padre mío, lo he dicho todo.

—Recibid entonces mi absolucion, pobre jóven, ofreced al Señor en holocausto vuestros padecimientos, y vuestra muerte: dadle gracias porque os concede la corona del martirio.

Joos no se sentia, sin embargo, con fuerzas para aceptar con resignacion tan injusta muerte: asaltábale sin cesar el recuerdo de su madre, de su muger y de su hija, y sentíase apegado á la tierra.

Pasóse una hora, y no venian á buscar á Joos. Trajeron otros dos nuevos presos para que los confesase el religioso sucesivamente, y algunos minutos despues don Juan de Vargas, seguido de un hombre de mala traza habia venido á buscarlos. Dieron las doce de la noche y el gantés aguardaba aun á que se decidiese de su suerte.

Fatigado el religioso, habiase quedado dormido en el confesonario.

Dejo al juicio de los lectores, el pensar lo que sufrió durante estas eternas horas el desgraciado Joos.

Al fin, hacía la una de la madrugada, don Juan de Var-

gas, volvió á presentarse y mandó al prisionero que le siguiese. No quedaba ya en el salon inmediato mas que el duque de Alba: las bugias medio consumidas tocaban á su fin, algunas se habian apagado ya y las otras arrojaban una luz vacilante y sombría.

—¿Se ha confesado este hombre? preguntó el duque de Alba, y sacó su ancha y larga espada de dos filos que colocó sobre la mesa.

—Se ha confesado, respondió con voz casi imperceptible don Juan de Vargas.

—¿Cómo te llamas? continuó el duque de Alba con su voz á la vez sorda y bronca, que parecia el rugido de una hiena. ¿Cómo te llamas? repitió con impaciencia.

—Joos.

—¿De dónde eres?

—De la ciudad de Gante.

—¿No has sido de la servidumbre de Su Magestad Católica el emperador y rey Carlos V?

—Le he servido con fidelidad y amor.

—¿No has sido encargado por S. M. de una mision cerca de nuestro Santo Padre el Papa?

—La he desempeñado á satisfaccion del Santo Padre y de mi ilustre amo.

—¿Juras permanecer fiel hasta la muerte á la Santa Iglesia Católica, Apostólica Romana?

—Siempre he sido y seré siempre un buen católico.

—¿De rodillas!

Joos obedeció, el duque de Alba tomó su espada.

—Escúchame bien, dijo, porque esta es la última voluntad de mi augusto amo. Junta las manos, baja la cabeza, y ora con todo el fervor de tu alma.

Levantó la espada, cuya punta tenia apoyada en el suelo, pero se le escapó de las manos, y vino á caer á sus pies.

—No puedo, dijo, me faltan las fuerzas, me atormenta violentamente la gota, y estoy muy débil. Don Juan, haz mis veces.

Tomó don Juan la espada con mano firme. Joos cerró los ojos y encomendó su alma á Dios, y aguardó el golpe mortal. Con grande sorpresa suya recibió un fuerte golpe, con la espada, es verdad, pero de plano y sobre la espalda.

—En nombre de la Santísima Trinidad, de Su Magestad Católica el rey Felipe II, y en memoria del difunto augusto Emperador Carlos V, que me hizo llamar antes de morir para recomendarme espresamente á Joos, ciudadano de Gante, te hago noble y te armo caballero. Acuérdate de portarte

siempre en todo noble y lealmente, y ser digno del honor que recompensa tus buenos y leales servicios. ¡Levántate y ven á recibir de mí un abrazo!

A esta feliz é inesperada conclusion, creyó Joos que le faltaban las fuerzas que habia conservado en los momentos del peligro.

Anubláronse sus ojos, y estuvo á punto de desmayarse, pero fué una debilidad pasajera que dominó al instante.

—¿Y qué! dijo el duque de Alba así que le hubo abrazado como lo exigia el ceremonial, lo han atado como si se hubiese tratado de retenerlo prisionero en los calabozos de la Inquisicion! Yo habia mandado que os trajesen á mi presencia á toda costa, y han tomado mi orden por un mandato de prision. Don Juan, cortad esas cuerdas con vuestro puñal. Ahora que estais libre, señor Joos, recibid los títulos de propiedad del castillo y señoría de Steen, que se halla situado á algunas leguas de Amberes y de Bruselas. Ved aqui ademas un libramiento de cien mil duros, pagadero por el tesoro real. Dadme la mano antes de separarnos, porque habeis sido un buen y leal servidor de mi difunto y muy querido amo.

Joos se alejaba de la estancia del duque de Alba tan alegre como triste y desesperado habia entrado en ella, cuando éste le volvió á llamar.

—Caballero de Steen, le preguntó, si quereis quedaros al servicio de mi persona, encontrareis en mí un amo generoso, así como yo habré encontrado en vos un fiel y decidido servidor.

Joos bajó los ojos, y no respondió.

—Vamos, replicó el duque de Alba, comprendo que no aceptais mi propuesta. Id con Dios.

Volvióse despues á don Juan de Vargas diciéndole:

—Acabo de poner un collar de oro en el cuello de un mastin. El mastin no sirve mas que para defender á su amo. Ponedle delante de un ciervo, y no hará nada, ni se cuidará de mas que tenderse á los pies de su amo.

No necesitamos decir con que gozo y alegría fué recibido Joos en su casa por su muger y su madre. Stina y Gertrudis no se cansaban de alabar á Dios. En cuanto á Joos, abrazaba á su muger, abrazaba á su madre, abrazaba á su hija. Daba gracias de lo intimo de su corazon á su amo el emperador Carlos V, que desde el cielo velaba sobre el y le protegia aun.

Algunos dias despues, marchó con su venturosa familia á tomar posesion del rico señorío y tierras de Steen, que Pedro Pablo Rubens, heredó mas tarde.

ENRIQUE BERTHOUD.

LA CUESTION DE ORIENTE.

II.

Las escuadras francesa é inglesa en el Bosforo.—Ocupacion por los rusos de los principados del Danubio.—Conferencia de Viena.—Declaracion de guerra de Turquía á la Rusia.—Manifiesto del emperador Nicolás.—Batalla de Olteniza.—Omer-Baja.—Guerra en Asia.—Quema de la escuadra turca en Sinope.—Entrada de las escuadras aliadas en el Mar-Negro.—Napoleon escribe al empe-

rador Nicolás.—Neutralidad de Austria y Prusia.—Francia é Inglaterra declaran la guerra á Rusia.—Envío de sus ejércitos á Oriente.—Pasan los rusos el Danubio.—Tratado de Londres.—Segundo manifiesto del emperador Nicolás.—El vice-almirante Hamelin.—Bombardeo de Odessa.—Reconocimiento sobre Sebastopol.—El principe Paskewitch.—Sitio de Silistria.—Llegada de los ejércitos aliados á Constantinopla.—Gran consejo de guerra en Varna.—Espedicion anglo-francesa á la Grecia.—Asalto de Silistria.—Muerte del gobernador de Silistria.—Levantamiento de los rusos el sitio.—Intima el Austria á Rusia la evacuacion de los Principados.

pados.—Retirada de los rusos.—Evacuan los Principados.—Un ejército austriaco los ocupa.—Operaciones de los aliados en el Báltico.—Toma y destrucción de Bomarsund.—Determinan los aliados invadir la Crimea.

Hemos visto el prólogo de este drama gigantesco, que cada día toma inmensas proporciones, y cuyo desenlace no podemos prever.

Al ver retirarse á Mentchikoff de Constantinopla, Francia é Inglaterra juzgan inminente una guerra entre la Rusia

Valaquia, con ciento veinte mil hombres. Al mismo tiempo publica un manifiesto el emperador de Rusia, declarando á la Europa que la entrada de sus ejércitos en los principados del Danubio no debía considerarse como un acto de hostilidad contra la Puerta, y que no hacia ni queria hacer la guerra á la Turquía.

Francia é Inglaterra, temerosas de una lucha que iba á comprometer la paz del mundo, aparentan creer las intenciones pacíficas de Rusia, aconsejan á la Turquía á que



Omer-Pachá.

y Turquía, y la escuadra inglesa que se hallaba en Malta, y la francesa en Salamina, reciben simultáneamente la orden de aproximarse á los Dardanelos, y el 43 y el 44 de junio de 1853 entran sucesivamente en la bahía de Besika.

Rotas las negociaciones diplomáticas, aun Rusia reproduce las pretensiones que habia exigido Mentchikoff. La Puerta responde negativamente, y la Rusia hace pasar á sus ejércitos el Pruth al mando del príncipe Gortschakoff el 3 de julio, y ocupa las provincias danubianas, la Moldavia y la

contemporice, á que no repela con la fuerza la agresion de los Principados, proponiéndose hacer un arreglo que evite los desastres de una guerra prolongada y sangrienta.

Mientras que los rusos ocupaban los Principados, y mientras las escuadras inglesa y francesa permanecian en la inaccion en Besika, los embajadores de Prusia y Austria se reunen con los de Inglaterra y Francia en una conferencia en Viena, buscando de comun acuerdo una combinacion, que sin perjudicar á los derechos del sultan, pudiese satis-